

Reproducido en www.relats.org

LA FUNCIÓN DE LA CAPACITACIÓN SINDICAL

Luis Enrique Ramírez

Marzo 2021

En un reciente curso de capacitación sindical comencé mi charla contando un cuento, con la excusa de que servía para “romper el hielo” y para animar al auditorio a participar activamente.

Les conté que en un experimento con un grupo de monos, encerrados en un amplio espacio, se colocaba en el medio una escalera relativamente alta y arriba unas bananas.

Cada vea que un mono subía para alcanzarlas, al resto los mojaban con un chorro de agua helada.

Después de tres o cuatro veces de hacerlo, cuando un mono intentaba subir la escalera para tomar las bananas, los demás lo golpeaban para que no lo hiciera.

Los científicos siguieron colocando bananas en la escalera, pero suspenden la mojadura.

No obstante, si alguno intentaba alcanzarlas, los demás lo golpeaban.

El próximo paso del experimento consistió en comenzar a reemplazar de a uno al primer grupo de monos.

El recién llegado lo primero que hacía, obviamente, era intentar subir a tomar las bananas, recibiendo inmediatamente una golpiza de los demás, pese a que ya no se los mojaba.

Llegó un momento en el que todos los monos que iniciaron el experimento habían sido reemplazados.

Cuando ponen al último mono, intenta alcanzar las bananas y sufre la “manteada”, le pregunta a uno de los agresores “¿por qué me pegan?”, a lo que éste le responde:

“No sé. Acá las cosas siempre se hicieron así.”

¿Qué tiene que ver este cuento con el curso que estamos haciendo? les pregunto a los participantes y aclaro: que los disertantes o profesores venimos a darles información, conocimientos y experiencias, es decir a contarles cómo, a nuestro criterio, son y funcionan las cosas.

Pero su derecho y obligación es preguntarse “¿por qué?”.

Como representantes y directivos sindicales tienen el derecho y la obligación de cuestionar todo, comenzando por aquellas cosas “que siempre se hicieron así”.

Creo que la mayoría de los seres humanos actuamos como los monos del cuento.

Aceptamos las cosas como son, y rara vez nos preguntamos por qué. Primero, porque es más cómodo.

Pero también porque hemos internalizado que no es conveniente hacerlo.

El niño pequeño pregunta permanentemente por qué.

La primera vez el adulto, si tiene algo de paciencia, trata de explicarle, pero insaciable el niño vuelve a preguntar por qué, y ahí generalmente recibe como respuesta “porque lo digo yo” o “porque si no, vas a cobrar”.

Y lentamente el niño deja de preguntar y de preguntarse.

Y el sistema social y económico en el que vivimos obra de la misma manera.

Nos “convence” que es mejor no preguntar por qué las cosas son como son.

¿Por qué? Porque esta pregunta lleva como de la mano a otras más incómodas, tales como ¿está bien que así sean las cosas? ¿Es correcto y justo?

Y, finalmente, si no es correcto ni justo, ¿qué puedo hacer yo para cambiarlas?

